

Superstición tenaz, enfermedad incurable

Francisco Pérez de Antón

Hay un paisaje del Quijote en el cual el ingenioso hidalgo dirige un elocuente discurso a unos pastores de cabras. Se trata de un panegírico del pasado que, en boca de Don Quijote, sonaría más o menos así:

“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban esas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad, todas las cosas comunes. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. No había fraude, engaño ni malicia mezcladas con la verdad y la llaneza, y la injusticia estaba en sus propios términos, sin que la osasen ofender el favor o los intereses que ahora tanto la menoscaban”.

¿Desvarío de Don Quijote o convicción de Cervantes? Yo me inclino más por lo segundo. Cervantes había leído a los clásicos grecolatinos, por lo que el discurso a los caberos no sería más que la paráfrasis de uno de los primeros textos escritos de nuestra cultura. Los trabajos y los días del poeta griego Hesíodo, transmitiendo siglos después a la cultura romana por el poeta Virgilio. Al igual que tantos otros, Cervantes había caído en una antigua superstición: la de que los hombres deben regresar al orden de la comunidad de bienes por ser ésta la única institución capaz de proporcionarles felicidad y justicia.

Una superstición es una creencia sin fundamento, un rito que se utiliza para alcanzar un bien o conjurar un mal. Por ejemplo, pensar que el orégano nos protege de la gripe o creer, como yo creía de niño, que por cada buñuelo que me comía el día de Todos los Santos sacaban alma del Purgatorio. Siempre que ha habido supersticiones inefables, pero considerar que la comunidad de bienes es un ramito de orégano capaz de resolver por arte de magia todos nuestros problemas sociales ha sido una de las más dañinas. Y sin embargo, pese a las malas experiencias vividas a lo largo de los siglos, buena parte del mundo continúa creyendo en ese mágico abracadabra de la expropiación y el retorno a la propiedad colectiva.

De manera que, considerando que mis queridos y admirados compañeros de mesa hablarán de la historia de la propiedad privada, yo voy a hacerlo de la historia de la historia de su dolencia más conspicua y recurrente, la de la propiedad colectiva, una enfermedad latente en nuestra cultura que rebrota con admirable regularidad, como la malaria, provocando estremecimientos y fiebres.

Hesíodo ideó esta conjetura, como digo, setecientos años antes de Cristo. Según el poeta griego, el mundo ha vivido cinco edades: la de oro, la de plata, la de bronce, la de los héroes y la de hierro, que sería el tiempo actual, una era en la que todo ha degenerado a causa de la propiedad privada y las ambiciones humanas. Todavía hoy se escucha por ahí que la vida del hombre no ha sido un ascenso hacia lo humano,

sino un descenso hacia la animalidad. Y este mito ha impreso en nuestra cultura un sello de melancólica nostalgia por algo que, a decir verdad, nunca existió.

Pero hay que comprender a los antiguos.

Como nosotros, tenían la necesidad de explicarse de dónde venían y que había sucedido en el mundo antes de que apareciera la historia escrita. Y justo sería hacer notar que si Hesíodo hubiera sabido lo que hoy sabemos, es decir, que el orden social imperante, que la única ley que prevalecía era la ley del más fuerte y que la violencia normaba la vida entre tribus y clanes, quizá el filósofo griego hubiera escrito otra cosa.

En el siglo VII a.C., sin embargo, la paleontología no se había desarrollado y el Carbono 14 estaba aún por descubrirse. Debido a ello, el mito de la “dichosa edad y de los siglos dichosos”, cuando se ignoraban las palabras tuyo y mío, alzó el vuelo. Y a Hesíodo habrían de secundarle los pitagóricos, los estoicos y buen número de filósofos presocráticos para quienes la comunidad de bienes era una institución moralmente superior y más deseable que la propiedad privada.

Del mito a la utopía no hay más que un paso: el que se da cuando el mito viaja del pasado al futuro. Y esto es lo que hará Platón dos siglos más tarde en *La República*, primer proyecto utópico de una sociedad perfecta y feliz. En esa comunidad platónica, y cito las palabras del filósofo, “nadie tendrá nada por suyo, salvo lo absolutamente necesario” ni “más propiedad que la de su cuerpo, pues todo lo demás será común”. Y en términos parecidos a los de Don Quijote, Platón concluirá que, sólo en un entorno así, resplandecerán la virtud, la armonía moral, la unidad, la paz y la justicia, y no habrá violencia, ni amos, ni esclavos, ni lucha entre pobres y ricos, ni libertinaje, ni ambición, ni pobreza.

Esa frase, sobre todo, de “nadie tendrá nada por suyo, salvo lo absolutamente necesario” es importante porque nuestra cultura va a caer ante ella de rodillas. Para nadie es un secreto la influencia del pensamiento helénico en el judaísmo del siglo I a.C., algunas de cuyas sectas vivían en ese tiempo bajo el régimen de comunidad de bienes, como la de Qumrán, la de los esenios o la de los nazarenos de Jerusalén, ciudad está donde la frase será adoptada por el cristianismo al pie de la letra.

La iglesia de Jerusalén se va a convertir en la Edad de Oro de la cultura cristiana. Según este mito, el cristianismo primitivo fue socialista. Y digo mito, porque se trata de una afirmación sin fundamento. La Iglesia de Jerusalén nunca fue cristiana, sino una secta judía de corte monástico que acabaría disolviéndose en el siglo IV d.C.

Pero el virus estaba inoculado.

Y el cristianismo va a ser el cauce por el que se difunda en la cuenca mediterránea el ideal de aquella comunidad apostólica donde “todos los que creían, vivían unidos, teniendo sus bienes en común” y “ninguno tenía su propia cosa alguna” (Hechos 4, 32-46). Un fraseo que no es cristiano, por cierto, sino la transposición casi literal del texto de Platón y que se repetirá en la *Didajé* (año 60-72 d.C.), el primer catecismo

que se tiene noticia, donde se lee lo que sigue: “Tendrás todo en común con tu hermano y no dirás que nada es tuyo”.

Durante varios siglos, el nuevo credo se volverá un auténtico hervidero de herejías, muchas de ellas fundadas en el principio de la comunidad de bienes. Pelagianos, montanistas y priscilianistas, entre otros, pretenden imitar el modelo de la comunidad apostólica de Jerusalén. Pero Roma se resiste. La orden franciscana es clausurada por ese motivo. Albigenses y valdenses son exterminados por las tropas del Papa. Y Juan Huss es ejecutado en Praga. Otro tanto ocurrirá con el colectivismo protestante, condenado por Lutero. Los casos se repiten aquí y allá de manera tenaz.

La civilización está infectada, hechizada, seducida por el mito de Hesíodo, la utopía de Platón y el espejismo de la Iglesia de Jerusalén. La comunidad de bienes se ha vuelto el destino del hombre, un imperativo retorno a la patria de la que presuntamente venimos, la Arcadia del amor fraterno, de la paz y la justicia, y no esa selva fratricida, como hoy sabemos, donde unos homínidos hambrientos, peludos y malolientes se mataban entre sí por unas bayas o la posesión del fuego.

La civilización ha adoptado una superstición que, como los buñuelos de mi infancia, sólo hay que comer para salvar las almas. La Edad de Oro se ha vuelto una creencia arraigada y asumida. Y cuando esa creencia se secularice y se torne doctrina política, no habrá fuerza que la detenga.

Llegados los siglos XV y XVI, aparecen nuevos sueños colectivistas: la *Utopía*, de Moro, *La ciudad del Sol*, de Campanella, *La Nueva Atlántida*, de Francis Bacon. Y el descubrimiento del Nuevo Mundo atiza el mito aún más si cabe. Algunos cronistas piensan incluso que América vive en la Edad de Oro, en tanto Europa lo hace inmensa en las miserias de la Edad de Hierro.

He aquí, como botón de muestra, una frase de Pedro Mártir de Anglería, extraída de sus *Décadas del Nuevo Mundo*: “Aquellos indígenas poseen en común la tierra, como la luz del Sol, y desconocen las palabras tuyo y mío, semillero de todos los males... Viven en plena Edad de Oro, y no rodean sus propiedades con fosos, muros, ni setos. Habitan en huertos abiertos, sin leyes, sin libros y sin jueces, y observan lo justo por instinto natural”.

El mito no fascinó solamente a la cultura mediterránea. También lo ha hecho a la cultura sajona. En 1621, los *pilgrims* llegan a las costas de Estados Unidos. ¿Y qué tipo de organización social establecen? El de la comunidad de bienes y la propiedad colectiva.

Con la ilustración y el iluminismo del siglo XVIII, el contagio alcanza rango de epidemia. De la mano de Rousseau, el mito de la Edad de Oro se transforma en el mito del Buen Salvaje. Rousseau, ha oído de los experimentos teocráticos de Las Casas, en las Verapaces, de Vasco de Quiroga, en México, de las misiones socialistas de los jesuitas, en Paraguay. Y concluye que el hombre ha sido corrompido por la civilización a causa de la propiedad privada, ya que en esta “radica el origen de la desigualdad, primera fuente del mal”.

Las ideas de Rousseau van a influir poderosamente en el pensamiento político y económico del siglo XIX. Sobre todo en Babeuf y su *Manifiesto de los Iguales*, en Proudhon (*“La propiedad privada es un robo”*), en Saint Simón y su *Nouveau Christianisme* y otros socialistas románticos. Les seguirán los creadores de nuevas utopías colectivistas, como Owen y Fourier. (Por último la Edad de Oro será rebautizada por Engel, Marx y Lenin con el nombre del Paraíso de los Trabajadores.

Pero será en el siglo XX cuando la epidemia se desboque.

Más de la mitad de la humanidad vive durante ese tiempo bajo algún régimen colectivista. Y según el *Libro Negro del Comunismo*, un best seller mundial, el experimento costará más de cien millones de muertos, sin contar la miseria y el sufrimiento humano que causó en la URSS, China, El Salvador, Chile, Perú, Nicaragua o Camboya.

El propio cristianismo caerá enfermo del mal que había combatido durante dos milenios. En 1965, el Vaticano altera su tradicional postura sobre la propiedad privada, la cual consideraba un derecho natural, y la convierte en un derecho ambiguo, inseguro y manipulable por el Estado. El socialismo utópico primero y el marxismo revolucionario después invaden la teología católica. Y desde los púlpitos comienza a impartirse una nueva doctrina social a la que, quien suscribe, no presta atención hasta el día en que encuentra en un templo un póster insidioso y fraudulento con la inquietante pregunta que da título a este foro: ¿Lo tuyo, es ¿tuyo?

Nunca existió una Edad de Oro. Y no hay en la historia humana un solo experimento colectivista que haya procurado la felicidad y la justicia que los hombres esperaban. El colectivismo es un ideal monástico, pensado para comunidades pequeñas y personas con gran capacidad de renuncia y sacrificio que cuando se traslada a las masas sólo sobrevive a base de suprimir la libertad e imponer el terror.

Los fracasos del colectivismo se cuentan hoy por cientos. Pero eso no parece importar a sus profetas. La enfermedad no remite. Sigue viva. Lo que permite llegar a una elemental conclusión. Y es que la civilización no está garantizada. Tampoco la dignidad humana. Ni la libertad. Ni la propiedad privada. Ni la convivencia. El mito de la comunidad de bienes está en nuestra cultura, en nuestros credos, en nuestro subconsciente, casi en nuestro genoma. Estamos ante una melancolía enfermiza e irreversible por algo que nunca existió, una enfermedad que, como la malaria, volverá a brotar de nuevo, pero que, a diferencia de esta vieja enfermedad, no tiene por lo visto cura.

Lo demuestran estos casi tres mil años de historia que ha tratado de ofrecer aquí en muy apretada síntesis.